

DECLARACIONES DESDE LOCARNO (SUIZA)

En mayo vuelve don Salvador de Madariaga

♣ «Llegaré con mi esposa para escribir el discurso de ingreso en la Academia.»

♣ «En España no hay ni un solo republicano.»

♣ «Tengo simpatía por todos los políticos españoles actuales. Hacen de buena fe su labor.»

Madrid. — (Servicio especial).

La voz de don Salvador de Madariaga llega claramente del teléfono. Don Salvador descansaba cuando le llamamos. Risueño, simpático nos da pruebas de su gran sentido del humor. Su mujer, con la que hablamos antes me aconseja que no le hagamos preguntas «comprometidas», pero luego el ilustre exiliado no elude nada, ni lo comprometido ni lo banal.

Don Salvador, desde su hotel de Locarno, en Suiza, parecía hoy dispuesto a charlar sin fin. Madariaga ha escrito:

«La situación ante la cual se encuentra el Rey don Juan Carlos es tal que demuestra su buena voluntad como Rey constitucional, merece por parte de los españoles un generoso crédito de tiempo. El Rey ha dado pruebas de buena voluntad, carácter y prudencia en excelente dosis. Pero hay que dar tiempo al tiempo.»

—Naturalmente que sigo las novedades españolas, que sigo toda la política...

—¿Le llaman sus amigos o es que lee todo lo que se publica en la prensa sobre España?

—Hay un poco de todo. Uno de mis principales informadores es el diario «La Voz de Galicia», que recibo puntualmente. Y amigos que me llaman, pues si hay algunos, pero no demasiados, porque nunca se tienen muchos amigos. Casi todos olvidan que dentro de unos meses tendré noventa años, el tiempo pasa muy deprisa y me van quedando pocos compañeros.

Salud

—¿Y cómo va esa salud don Salvador?

—Siempre digo que estaba mejor hace cuarenta años, aunque la verdad es que no me puedo quejar. Pero también podía estar mejor. Lo que falta sobre todo en una persona de mi edad es la fuerza general. Falta el último empuje, ya no tengo la vitalidad de la juventud.

—Pero continúa escribiendo constantemente...

—Eso sí, escribo con facilidad, y además, todo lo que pienso lo digo. Para escribir sí que estoy joven.

—¿Piensa regresar a España?

—Sí, pero lo que más lo dificulta es lo de mi salud, todo lo que le estaba comentando, no es tan fácil moverse para un noventón como para un cuarentón. Tenemos planeado, mi esposa y yo, darnos una vuelta en primavera, quizás en el mes de mayo, a cumplir sobre todo con mi primera obligación, que es escribir el discurso de ingreso en la Academia, cosa que debía haber hecho hace cuarenta años.

—¿Será definitiva esta vuelta?

—Uno tiene compromisos y cosas, y no se puede decidir así como así, tan rápidamente. El mismo estado de salud me obliga a escoger con cuidado el lugar en que me debo instalar. No le pue-

do decir nada en ese sentido, esa es la verdad.

Monárquicos

—Vamos a hablar de política española, si le parece. ¿Usted cree que España es republicana o monárquica?

—En España no hay ni un solo republicano, pero hay quienes creen que lo son. En España hay muchos monárquicos, y la prueba de ello es que los españoles comienzan sus frases con «yo...», «yo soy...». Hay muchos favorables a que el jefe de Estado lleve chistera en vez de corona, pero eso no es ser un verdadero republicano, el que piense en la «res» privada en vez de la pública no es republicano.

—¿Y piensa que los partidos políticos pueden ser desastrosos para España?

—No, ¿cómo van a ser desastrosos? Los partidos políticos no se pueden evitar. Lo que pasa es que ahora mismo habría demasiados partidos en España, como sucedió cuando la república, que eran treinta y siete, y así no se puede vivir. Es menester que los organizadores de los partidos se orienten hacia una suma máxima de cinco o seis partidos políticos, no más.

No se ha cambiado

Si hubiera elecciones libres ahora mismo en España ¿qué partido cree usted que se llevaría el éxito?

—Creo que la opinión pública en España no ha cambiado tanto desde que cayó la monarquía. En mi libro sobre la historia de España había un análisis de la situación en aquella época. Allí se veía muy claramente la fisonomía general del rostro español de entonces y me da la impresión de que esa fisonomía no ha cambiado.

—Pero, por ejemplo, ¿cree usted que se llevará a cabo la democratización que ha prometido el presidente Arias Navarro?

—Creo en la labor que viene haciendo desde el famoso discurso del 12 de febrero, creo también que luego le obligaron —la única persona que podía obligarle— a que actuara contrariamente a lo que había prometido. Se debe tener cierta confianza, en Arias, siempre se ha observado una cierta orientación a lo que hoy se llama democratización, aunque a mí me gusta la palabra liberalización.

—¿Qué figura política o no, le inspira mayores simpatías dentro de las que destacan actualmente en España?

—¿Vé usted como todos los españoles son monárquicos, usted incluida? Esa es una pregunta monárquica porque necesita definiciones. Yo tengo simpatía por todos los políticos españoles actuales, porque al fin y al cabo todos tienen una tarea muy difícil que cumplir. España, durante cuarenta años, ha estado sometida a una monarquía absoluta, en la que el monarca era Franco, que se convirtió en el más absoluto de los monarcas de la historia de

España. Y estos hombres políticos están haciendo su labor de buena fe. Si encima de buena fe, tienen acierto, creo que se conseguirá que España se convierta en un país no anormal para todos.

Fraga

—¿Qué le parece a usted Fraga Iribarne.

—Ya estamos de nuevo con las preguntas monárquicas, señorita. Hay que ver cómo les encantan a los españoles ese tipo de preguntas... No me gusta personalizar, no me gusta nada. En cuanto a Fraga, y ya que es usted la que pregunta, le diré que me parece muy elegante el hecho de que haya aceptado una cartera como la de Gobernación. Hay que reconocer que ha sido un acto de gran elegancia moral.

—Don Salvador ¿se autocensura usted cuando habla para la prensa española? ¿Se autocensura cuando escribe sus artículos?

—¡No! ¡Jamás! Siempre digo y escribo lo que pienso. Los artículos que escribo para España se publican o no se publican, depende de los redactores jefes, pero yo no me autocensuro nunca, tengo dos o tres libros prohibidos actualmente en España, y si la censura de prensa me parece vergonzosa, la de libros es que la considero ya inadmisibles.

—¿Qué es lo primero que piensa hacer cuando llegue a España en el mes de mayo?

—Ya le he dicho que mi discurso de la Academia es lo primero de todo.

—Me refiero al hecho físico de la llegada, de pisar tierra española, no creo que pueda decir su discurso en el aeropuerto, don Salvador...

—No, eso no, claro. En cuanto a los hechos físicos, no lo sé, no espero recibimientos, porque a mi edad ya no me gustan, no me sientan bien. A mis noventa años quiero la tranquilidad, no prometo nada en la política.

Amigos del exilio

—¿Quiénes son sus amigos exiliados como usted, emigrantes, españoles, extranjeros?

—Tengo muchos amigos en el exilio, como es lógico, pero tengo amigos de todas clases y de más de treinta nacionalidades distintas. Si me veo con españoles no es por representar un papel especial, sino por el hecho de que las largas ausencias de nuestro país, nos hace encontrarnos a gusto cuando estamos juntos y podemos hablar de cosas que nos son comunes.

—¿Cómo siguió usted la ceremonia de la proclamación del Rey Juan Carlos?

—Por la televisión, por los diarios... La seguí al minuto. Pero como mejor la vi fue por medio de los reportajes gráficos en color de todas las revistas.

—¿Qué es lo que más echa de menos de España?

—España, toda ella.
—Gracias profesor y hasta la primavera.

EL DESTAPE DE LOS ARBOLES

**CRONICA
DEL
CONDE
CALIXTO**

Yo poda, tú podas, el poda, nosotros podamos, vosotros podáis y ellos pueden. Por que quien poda es porque puede. No sé que tiene el triquitriqui de las tijeras podaderas pero mi amigo se pasa las horas muertas viendo podar. Esta semana como hemos disfrutado de un sol que en primavera lo quisiéramos, salía de casa por la mañana y se le podía ver ensimismado debajo de cualquier árbol del paseo. Una tarde me rogó su mujer que fuese a buscarlo para traerlo al hogar. Era ya media tarde y aún no había regresado ni para comer.

No me fue difícil encontrarle. Efectivamente, estaba debajo de un árbol, de palique con el podador que desmochaba las ramas allá arriba.

—¿Sabes qué hora es y desde cuándo faltas de casa? Tu esposa está muy preocupada.

—Es que no hay nada como el podar, Conde Calixto. Siempre lo he dicho y cada vez estoy más convencido. ¿Qué oficio, qué distracción o qué hay en este mundo que proporcione mayor sensación de poder que el podar? Miralos, en los árboles, cortando lo que quieren, como quieren y por donde quieren. Frondosos y copudos árboles donde se cobijaban cientos de pájaros que dejaban su autógrafo en las limpias y relucientes carrocerías de los vehículos estacionados a su sombra, los ves desnudos, en el más completo destape, con los muñones al aire...

Por un momento se me pasó por la imaginación que mi amigo estaba como un rebaño de chivas chivicas, loco de atar. ¿De veras piensas que puede existir alguna relación entre la poda y el destape? —le pregunté para tirar del hilo a ver qué demonios de ovillo salía.

—No te quepa la menor duda. Observa aquel primerero cómo lo han dejado. Es una vergüenza. Sin una mala hoja con que taparse. Además, han cortado las ramas derechas y han dejado las curvas a propósito. Estamos presenciando, amigo mío, el destape vegetal y no porque los pobres plátanos, tilos o tamarindos lo quieran, porque ellos no pueden defenderse ni decir nada. Es el poder del podar. Si a mí me diesen un par de tijeras...

—Eso es fácil. Vas a la tienda y las compras, y a podar se ha dicho.

—Eso, eso. Que dejen por mi cuenta lo del destape. No hay poder más poderoso que el de un par de tijeras. Si la más dura censura no contase con afiladas tijeras, no podría ejercer su función y el mundo se habría enterado de cosas que a lo mejor no se enteró, o hubiera visto películas que vivo.

—Por eso, no me explico que dejes desarrollarse en tu cerebro reblandecido de ideas raras y confusas semejante inclinación por las tijeras.

—¿Pero tú has visto algo más grande? Ese hombre de ahí arriba con esa herramienta en la mano, domina la naturaleza, domina el árbol. Ese árbol será lo que él quiera que sea. Si le da la gana de dejar las ramas que nacen hacia abajo, las deja. Si las de a medio lado o hacia arriba tam-

bién. El poda, y después, pasado cierto tiempo, podrá recrearse de lo que ahora hace, porque los árboles crecerán y volverán a enramarse por donde él y como él lo haya decidido con sus tijeras.

—Bueno, bueno, no te pases. Ese hombre domina al árbol, pero hace lo que le ordena otro hombre que le domina a él, ¿no? Y no necesita tijeras de podar. Le basta sólo, el poder. Además, ¿qué pretendes al hablar del destape? Ir por las calles, plazas y paseos con unas tijeras cortando tirantes, lazos y cremalleras para que el destape sea general, sin excepciones? Iba a haber escasez de aspirinas por aquello de los catarros colectivos.

—Todo lo contrario. El destape ha llegado como un fenómeno, a la velocidad de la prisa, como en esos dibujos de los tebeos cuando el trabajador ciudadano va de vacaciones a la playa y desde que baja del tren comienza a quitarse las prendas de vestir para no perder tiempo. A este paso, con las corbatas del invierno sobrarán tela para los vestidos de verano. Si yo tuviese tijeras, iría podando destapados y destapadas a destajo.

—Todo eso está muy bien, pero vámanos. He prometido a tu mujer que te llevaría a casa sano y salvo.

—Voy. Mañana iremos al otro paseo para ver cómo han quedado los árboles pelados a lo Yul Brinner o Kojak. A todos nos deberían podar así, dejarnos mondos y lirondos y veríamos cómo a los dos o tres meses teníamos la molondra superpoblada.

—Ya. Y llena de pájaros, como uno que yo sé.

Llegamos a casa. Su esposa cariñosa le recibió todo amor y comprensión. Como todas.

—¿Se puede saber dónde andas? ¿Qué se te ha perdido en los árboles para que te pases el día debajo?

—Mujer, siempre se ha dicho que quien a buen árbol se arrima...

—Buen estacazo en la chima. Porque mira que si se le escapa el serrucho al podador, o una rama gorda, vas a gastarte las rentas en esperadrapo. Además, ¿tan ensimismado estás que no te acuerdas ni de comer?

—Acuérdate del monje Virila, mujer. Trescientos años, dicen que estuvo plantado delante de un árbol sin darse cuenta.

—¿Y no le salieron raíces en las sandalias? Además, cuenta la leyenda que estuvo oyendo cantar a un pájaro, pero tú eres capaz de pasártelos mirando al podador. De eso habría mucho que hablar, porque le dan todo el mérito al monje, pero del pájaro qué? ¿Dónde hay un pájaro que se pase trescientos años cantando pío pío sin cesar?

—Tu mujer tiene razón —hice frente común con la doña—. Una cosa es un inocente pajarillo y otra un podador dándole al serrucho raca, raca, raca.

—Es que hay veces en que el ruido de las tijeras podaderas me parece el trino de ruiseñor.

—Señora —la llamé aparte—; tengo mucho cuidado con su marido. Vitaminas, fósforo o lo que sea porque los síntomas no me gustan un pelo. El día en que comience a confundir a los podadores con pájaros por aquello de que se pasan el día subidos a los árboles, puede ocurrir una tragedia. ¿No lee los periódicos? El otro día publicaban una noticia de un hombre que murió por imitar al tordo. Un amigo suyo creyó que era un tordo de verdad, y le descerrajó un tiro. Lamentable, pero cierto. Hace unos meses, otro caballero estaba subido en un árbol bebiendo en bota. Un amigo lo confundió con una ardilla y lo tumbó de otro tiro. También ha ocurrido algo parecido confundiendo con perdiz por simular su canto. Así que si el triquitriqui de la tijera de podar le entusiasma hasta ese extremo... procure que cuando sale de casa no lleve escopeta.

EL CONDE CALIXTO

HOY ES NO

JOSE I
guitarra



LAS TIERRAS Y LOS HOMBRES